

XLV.

Á LA MARQUESA DE SANTIAGO.

¡Si yo un hijo tuviera
Blanco, rubio, con ojos muy rasgados,
Y que se sonriera
Mientras su madre y yo del mundo aislados
Cantáramos al borde de la cuna,
Ya no quisiera yo mayor fortuna!
Esto pensaba, viéndome soltero,
En las noches de Enero, en que aterido
Al volver del gran baile, con el alba,
Me tendía en mi lecho fementido
Puesta la mano en la naciente calva.
¡Cuántas, cuántas pasé mirando al techo
Horas eternas en desierto lecho!

Yo entónces recorría
Los recuerdos del baile ó de la orgía,
Las impresiones en monton del día
Y el temor del siguiente,
Que había de pasar entre la gente,
Visitando señoras,
Fomentando amistades tentadoras,
Comiendo en el hotel ó en el casino,
Gastando un dineral en pan y en vino
Y en guisotes menguados,
Tan mal servidos como bien pagados;
Vistiéndome tres veces;
Yendo al teatro á celebrar sandeces
Y á sentarme de espalda al escenario
Para mirar con sin igual descoco
A la linda mitad de un millonario,

Que me tendría con sus guiños loco;
Aprovechando entero el intermedio,
Yendo al palco de al lado y al de enmedio
A ver á la condesa ó la duquesa
Y á decirles piropos de cumplido;
Acabado el teatro, ir á otro *nido*
A tomar dulce té con las amigas;
Urdir de amor diabólicas intrigas;
Murmurar *sotto voce*;
Ir al *Veloz* á completar la noche,
Jugar al *Baccarrat*; perder cien duros,
Cenar frío á las tres; pasar apuros
Para hallar al sereno
Que me ha de abrir la puerta de mi casa,
Con un frío glacial que me traspasa,
Y volver á encontrarme, solo y harto,
Desierto el lecho y sin calor el cuarto!

«¡Si yo tuviera un hijo!»
Esto pensaba yo, y hablando *in mente*;
Con este pensamiento siempre fijo,
Recordando el pasado y el presente,
Pedia un porvenir á mi ventura,
Viendo en mi corazón negra amargura;
Porque yo padecía
Nostalgia de un estado diferente;
Porque la libertad, con serlo, hasta
Si no le da calor la tiranía
De un lazo de cariño permanente.
¿Qué me importan á mí ni el sol, ni el cielo,
Ni el aire fresco en riguroso estío,
Ni el dilatado suelo
Que holla mi planta y que contemplo mío,
Porque nadie mis impetus domina,
Ni esclavo soy de obligación ninguna,

Si sólo al fin mi corazón declina
Feliz sin dicha y rico sin fortuna ?

Mecían una cuna,
En esas noches de Diciembre frío,
En un cuarto que había sobre el mío ;
Y siempre que á dormirme comenzaba,
Oía que sonaba
La cuna de madera ,
Cantando un villancico una niñera ,
Con voz sentida y persistente empeño
De darme envidia y de quitarme el sueño .
¡ Con qué afán me casé, querida hermana !
Tú no sabes aún todo lo entero
Del sí que dí cuando á la fe cristiana
Respondí en el altar aquel « ¡ Si quiero ! »
Y á no haber sido por mover la risa
De los oyentes y la curia toda ,
Debí añadir : « Y quiero y me precisa ,
Si ha de valer mi boda ,
Un niño rubio , que al cumplirse el año ,
Me recompense del soñar de antaño . »
(Pero este asunto , que á tu alcance fío ,
No era asunto del cura , sino mío .)
Y hénos aquí que en el amor del fuego
Fundiendo amantes el feliz cariño ,
La noche larga en plácido sosiego
Juntos pasamos contemplando al niño .
Ella le mece , y con amante anhelo
Yo invento coplas y en su faz respiro ,
Y en el vaiven de la crujiente cuna
Es blando arrullo el maternal suspiro
Dormido al dulce susurrar del canto
Sonríe acaso porque yo le velo ;

¡ Tiene mi niño misterioso encanto
Rubio como los ángeles del cielo !
Ayer mi solo afán era tenerle .
« ¡ Si yo un hijo tuviera ! »
Hoy mi solo temor es ya perderle .
¡ Ay ! ¡ Si se me muriera !

5 Febrero de 1873.

XLVI.

NUEVO HIJO.

¡ Apagados tus ojos tan serenos ,
Y tu risueña faz en sombra envuelta ,
Y en desaliño la sin par copiosa
De rizos blondos cabellera suelta ?
En tu pálido rostro , ayer rosado ,
De insomnios hay reveladoras huellas ;
Las rosas de tu tez se han marchitado
Y hoy brotan lirios donde fueron ellas .
Nido buscan pesares pasajeros
De tus pestañas á la dulce sombra :
Tus perezosos piés , ayer ligeros ,
Hunden las flores de la blanda alfombra .
Todo me anuncia en tí dolencia grave
¡ Y alegre mi alma está porque la sabe !
Y es que despues del llanto derramado ,
Y en tantos meses sin cesar vertido
Por aquel hijo mío idolatrado ,
Para siempre ¡ ay de mí ! desaparecido ,

En tus pupilas, que el amor dilata,
Brilla una luz que el alma me deslumbra,
Y en nuestro hogar, tras el pesar que mata,
Naciente sol de bienestar alumbra.
Es que en tu sér un sér sus alas posa;
Su vida en el misterio está velada,
Y al presentir su aparición dichosa
Yo aspiro ya su aliento en tu mirada!
Su sonrisa en tus labios ha brotado;
Su aliento es ya tu maternal suspiro,
Y al aspirar tu aliento perfumado,
Junto á mí me parece que le miro.
No existe, y yo le llamo noche y día;
Tarda en venir, y su llegada imploro;
Que es el sér de tu sér, y es alma mía,
¡Y no ha nacido aún, y ya le adoro!

Diciembre de 1873.

XLVII.

Á JUAN JOSÉ HERRANZ.

Tengo en casa desde niño
Un Saturno en blanco yeso,
A cuya efigie profeso
Un entrañable cariño.
Del tiempo la seca faz,
Aun siendo cual es mentira,
Con tan raro afán me mira
Que nunca me deja en paz.

Siempre ha sido en mis dolores
Alivio de mis placeres,
Frio juez de las mujeres
Y censor de mis amores.

Yo leo en su faz amiga,
Con cuya dureza lucho,
Palabras que siempre escucho
Aunque él nunca me las diga.

Cuando niño enamorado
Volvia á mi hogar sufriendo,
Él me miraba diciendo:

—Ya sé lo que te ha pasado.

Y al verme sencillo amante
Llorar mi pena amorosa,
Con sonrisa cariñosa
Decía siempre ¡adelante!

Ya más hombre, meditaba
Sobre otro amor que sentía,
Y él entónces me decía:

—El más firme amor se acaba!

Hoy, cuando en mi soledad
Me oye hablar de una mujer,
Dice olvidado de ayer:

—No la creas; no es verdad!

Ayer, su faz bondadosa
Me animaba en toda empresa,
Y solía decir; esa

Es pobre, pero es hermosa!

Hoy el yeso tinto en cobre,
Ya por los años cambiado,
Me dice más reposado;

Es hermosa..... pero es pobre!

Un tiempo fué mi defensa
Del amor en la pendiente;
Ayer me decía ¡siente!

Hoy suele decirme ¡piensa!

Se van los años volando,
Y el tiempo frío y mudable
Va con afán miserable
Mi corazón marchitando.

Y de mi error al salir,
Viendo que es vano pensar,
Que un tosco yeso ha de hablar
Y hacer á un alma sufrir,

Me han dicho las canas mías
Que no es él quien me confunde,
Que es la edad la que me infunde
Todas estas picardías!

—
XLVIII.

Se cayó su pañuelo de encaje;
Y corriendo en confuso montón,
A cogerlo á la vez fuimos todos;
¡Logré alzarle yo!

Y al mirar su graciosa sonrisa,
Y al mirar á los otros sufrir,
Y al sentir en mi mano la suya.....
Feliz sonreí!

Otra vez su bordado pañuelo
Ayer vi que caer se dejó,
Y otra vez á cogerlo van muchos.....
Y el último, yo.

Y al notar cuán amable sonrie,
Y al mirar á los otros sufrir,

Y al mirar al triunfante gozoso.....
También sonreí.

—
XLIX.

VECINO CURIOSO.

Allí está; del balcón entornado
Ve luz tras el terso cristal,
Y á través de la blanca cortina
La veo rezar.

¡De rodillas y al cielo los ojos!
Tal vez busca á sus penas la paz.
Largo el rezo y ferviente parece.....

¿Por quién rezará?
Ya acabó; de su lecho en la almohada
Un objeto la miro buscar.....
¡Una carta! Sentada en su lecho

Leyéndola está.
Se sorprende; ya dobla la hoja;
Terminó; ya la vuelve á empezar.....
Y se anubla su frente serena.....

¿Quién le escribirá?
El papel otra vez ha escondido.....
Pensativa quedándose está;
Se levanta, se acerca á la mesa.....
La veo buscar.....

Una carta á escribir ha empezado,
Que interrumpe de llanto un raudal.....
¡Una carta en que lágrimas vierte!.....
¿Para quién será?

¡Oh cuán bella en su llanto la admiro
Y en su amante infeliz soledad
Al espejo mirando llorosa

Su pálida faz!

Ya del pecho se arranca las flores,
Un clavel se la ve deshojar,
Y otra vez á su llanto se entrega.....

¿Por quién llorará?

Suelto flota abundante el cabello;
La ancha bata despréndese ya,
Así Vénus al mundo aparece

Surgiendo del mar!

Sobre el lecho crujiente se arroja.
Ya no hay luz. ¡Oh ventura fugaz!
¿Dormirá? Tal vez sueña..... Dios mio.....

¿Con quién soñará?

L.

VALS.

A José Casares.

Cifando mi brazo su lánguido talle,
Rozando mi frente su rostro gentil,
Vertiendo sus ojos brillantes destellos,
Mirándome en ellos

Mil veces y mil,

Del vals que empezaba pensando en los giros,
Sintiendo en mis labios sus hondos suspiros,
Con voz presurosa y amante y callada

Le dije: *Te adoro,*
Con ansia febril.

Y viendo en sus frescas mejillas de rosa
Su santa inocencia brillar pudorosa,
Mirando su frente latir temblorosa,

Y el cándido seno

Latir de emoción;

Sintiendo á mis labios el alma asomada,
Y á impulso invencible del alma extasiada,

Fundiendo en la suya mi amante mirada,

¡Rompió la armonía.....

Y habló el corazón!

Tú eres la esperanza que alienta dichosa,
Tú eres el ambiente que impregna mi sér;
Tú eres el efluvio de luz misteriosa,
Tú eres el aroma que brinda al placer.

Para tí derraman fragancias las flores,
Para tí es el canto del aire al vagar;
Para tí en las ondas que cantan amores,
Te bordan encajes las algas del mar.

Brilla en tus pupilas fe que alienta y salva
Brotó en tus mejillas el fresco clavel,
Nacen en tu frente las tintas del alba,
Panal son tus labios de rosa y de miel.

En tarde serena las nubes lejanas
Extienden calladas su espléndido tul,
Y en blancos festones de mil filigranas
Descubren del cielo la atmósfera azul.

Así al escucharme temblando vacilas:
Tu frente serena se nubla fugaz:

¡Que brille en tus castas y frescas pupilas
La fe que te anuncie la calma y la paz!

No turbes medrosa tan plácida calma
Con tímidas nubes que el alma en tí ve;
Mi amor te asegura las dichas del alma;

¡Sé tú la esperanza, que yo soy la fe!

Te sueña en sed ardiente la mente descosa
Y el corazón sediento te busca con afán,
Y brindan tus pestañas la calma venturosa
Que da en sus verdes hojas el plácido arrayán.

Aspira en tí el deseo aromas tentadores
Rivales del intenso perfume embriagador
Que al espirar la tarde vagando entre las flores
Esparce el bosque umbroso, del viento en el río.

Mi atmósfera es tu aliento, tu llanto mi rocío
Y en mis ensueños vagas, espíritu ideal,
Lánguida cual los blancos nenúfares del río,
Dulce como el sonido del fresco manantial.

Las ondas misteriosas que tus suspiros crean
Repiten sus encantos, como en rumor sin fin;
Los céfiros amantes que el fresco valle crean
Las dulces armonías del aura en el jardín.

Yo soy el eco
De tus suspiros
Vivo á la sombra
Que hace tu luz,
Tú eres quien crea
Mis pensamientos;
Lo que yo canto
Lo inspiras tú.

En los ensueños
De mi esperanza
Todo tu imagen
Me brinda á ver.
La luz tus ojos,
Tu voz la brisa,
Y el aire vago
Tu amante sér.

Y al extinguirse
Los resplandores

De la luz vaga
Crepuscular,
En los aromas
Que dan las flores,
Tu aliento tibio
Siento cruzar.

Y en los murmurios del bosque umbroso
Y en el doliente
Són quejumbroso
Del rumoroso
Río al sonar.

Y de las flores en las corolas
Y en los mil besos
Que da en las olas
Con aureolas
Que borda el mar,

La casta luna, dulce y callada
Con luz prestada
De tu mirar.

Ingénito en mi vida
Mi amor en tí esperaba,
Decírtelo era fuerza,
Tardaba la ocasión.

La espléndida armonía
Del vals me dió su amparo,
Brindando á que sus cárceles
Rompiera el corazón.

Si adversa la fortuna
De hoy más nos alejára,
Si airado mi destino
Nos vuelve á separar,
Sábelo: donde quiera
Que alientes venturosa,
Los ecos de mi acento
Te irán á acompañar.

Si las tempranas flores
Te brindan grato aroma,
Dí entónces que en mi aliento
Alma y calor les di.

Si ves que se marchitan
En tu albo y fresco seno,
Piensa que amante y solo
Llorando estoy por tí.

Si alientas venturosa,
No pienses en mis penas,
Que yo, viéndome alegre,
Tu bienestar sabré.

Y si el dolor te abruma,
Cuando el pesar te aflija
Suspira y dí mi nombre,
Que al punto acudiré.

La dulce melodía
Se extingue perezosa;
Dejarte es ya preciso
Con el postrero són.

¡Consérvalo en tu oído
Cual yo, que miétras viva,
Como la imágen tuya
Lo imprimo al corazón!

Y al dar la ignorada benéfica mano
La nota postrera del vals en el piano,
Soltando su talle que amante ceñía,
Mirando su hermosa

Mortal palidez,
Con voz apagada y ansiosa y temblando,
Con vida y con alma su amor implorando,
Sintiendo el cabello rozando mi frente,

Callado un *te adoro*

La dije otra vez.

Y entónces, al darme su voz apagada

Con dulce sonrisa respuesta llamada,
Palabra medrosa deprisa lanzada

Que en júbilo inmenso
Mi pecho inundó,

Brillaron las luces cual astros del día,
Nació esplendorosa la rica poesía,
Llenóse el ambiente de eterna armonía...

¡Y en su alma y la mía
La vida surgió!

LI.

EL PASAPORTE. — Á ROSA.

Á Francia vas; si el pasaporte quieres
Yo te lo puedo dar
Tan exacto y tan fiel, que nadie dude
Rosa, de que eres tal.

Rosa dirá en el frente; el aduanero
Al verte pensará
Que si las rosas contrabando fueran
Él no quisiera más.

Tu edad tal vez le dejará dudoso,
Que en el mundo al entrar
Tienes, rosa temprana, la hermosura
De espléndida beldad.

Las señas te pondré bien detalladas;
Ninguna faltará;
De memoria las sé, y una por una
Las voy á enumerar.

Ojos; negros, traidores, asesinos!

Mas... ellos pasarán,
Que al verlos, el guardian de la frontera
Débil sucumbirá.
Frente; serena, como el alba pura.
Boca; como un panal
Donde en ámbar y miel nacen claveles
Que fresco aroma dan.
Color; como las blancas azucenas
Del alba al despertar.
Pelo; de igual color al que en las mieses
Ostenta sin igual
La rubia espiga que en doradas haces
Al sol se ve brillar.
Estatura; la palma cimbradora
Que al viento besos da,
Su lánguida esbeltez presta á su talle
Y al vagoroso andar.
Señas particulares; unas manos
Que al mármol celos dan,
Y unos piés diminutos y embusteros
Que al suelo hacen mirar.
El corazon, sencillo y candoroso,
El alma, celestial,
Y una melancolía misteriosa,
Que atrae sin cesar.
Que nadie ponga impedimento al viaje
Sin motivo especial
Dice el papel, y yo presiento, niña,
Que harto motivo habrá,
Porque, al verte corriendo por el mundo
Y haciendo tanto mal
Con esos ojos que las almas rinden...
¿Quién no te detendrá?
Por el Rey pasaporte te conceden,
Tu viaje sigue en paz,

Mas si yo fuera Rey... te lo aseguro,
¡No te dejo marchar!

LII.

No esperes nunca el perdón
Que yo no te puedo dar;
Vano es que finjas llamar
De nuevo á mi corazón.
Me heriste, y aunque hoy me ofrece
Tu franca amistad la mano,
Ni el tiempo en mí pasa en vano,
Ni la memoria envejece.
Dura, de lumbré ostentoso
Con luz clara y deslumbrante,
El espléndido brillante
Que al tiempo vence orgulloso.
Dura siglos el portento
Que gótica arquitectura,
Labró en ancha piedra dura
Y en fuerte y hondo cimiento.
Dura y á los siglos queda,
Para memoria adorada,
El hierro en gloriosa espada
Y el oro en rica moneda.
Dura en eterna memoria
Cuanto el hombre altivo quiere,
Débil papel, que no muere
Si acredita herencia ó gloria.
Dura el árbol secular,

Resiste al tiempo la torre,
Y no hay envidia que borre
Nombre que debe quedar.

Pero es de más duracion,
Pues á la tumba nos sigue,
El recuerdo que persigue
Al herido corazon,

Y no hay lenitivo al daño
Que hacen con herida intensa,
La memoria de una ofensa
Y el dolor de un desengaño!

—
LIII.

Á CAMPO-ARANA.

Crear, para sufrir el desengaño;
Soñar, para llorar cuando despierto,
Buscar la dicha cual remoto puerto,
Que nunca abordo, por destino extraño.
Sembrar el bien y cosechar el daño,
Dejar lo fijo por seguir lo incierto;
Ver siempre cerca y á mis piés abierto
El ancho abismo de amoroso engaño;
Batallar con mi suerte rencorosa,
Ocultar del dolor la eterna herida,
Sentir el arte y respirar la prosa,
Y ver mi triste juventud perdida,
Tal es, en suma, mi existencia hermosa;
¡Y á esto llaman vivir... y ésta es la vida!

LIV.

Á LUIS VIDART.

Explicando una tarde anatomía
Un sabio profesor
Del corazon á sus alumnos daba
Perfecta descripcion.
Anonadado por sus propias penas
La cátedra olvidó;
Y á riesgo de que loco le creyeran,
Con alterada voz
«Dicen, señores, exclamaba pálido,
Que nadie consiguió
Vivir sin esa víscera precisa.
¡Error, extraño error!
Hay un sér de mi sér, una hija mia
Que ayer me abandonó;
¡Las hijas que abandonan á sus padres
No tienen corazon!»
Un estudiante que del aula oscura
Se oculta en un rincon,
Mientras los otros asombrados oyen
Tan público dolor,
Sonriendo á un amigo y compañero
Le dijo á media voz:
¡Piensa que á su hija el corazon le falta...
Y es que le tengo yo!

LV.

Era una amante y desdichada esposa,
Y en fuerza de sufrir,
Pensando del esposo en el desvío,
Sentíase morir.
De todo sospechaba, aunque no viera
Ni sombra de verdad;
Y fantasmas creando, sollozaba
En triste soledad.
Tenía, por fortuna, una piadosa
Constante amiga fiel,
Con quien á solas comentar solía
Lo que pensaba de él.
Veinte años há que viven como hermanas;
Vecinas siempre son;
La esposa devorada de los celos,
Le abre su corazón.
— Tal vez en este instante está con otra,
Siempre diciendo está.
— Al fin, dice su amiga, tantas dudas
El tiempo borrará.
— Me dice el corazón que otros amores
Le apartan de mi amor;
— Temores vanos y delirios locos
De imaginario error.
— ¿Será Isabel la que en la noche inquieta
Le priva de dormir?
— ¡Hay tantas cosas que el amor no entrañan
Y tanto hacen sufrir!
— Será la hermosa y frívola Susana,
Que á todos da ocasion...
— ¡Ya tu esposo adivina que esa pobre

No tiene corazón!
— Aurora entónces es, que en voz muy baja
Siempre le suele hablar.
— ¡Si delante de tí le habla en secreto
No hay tal disimular!
— Será Dolores, que en sus verdes años...
— ¿Quién ama la vejez?
— Será la novia á quien vencí soltera...
— ¡Hay tal insensatez!...
— Será la rubia que en el baile anoche...
— Ya tiene antiguo amor.
— Ó la morena de rasgados ojos...
— ¡Error, eterno error!
— Si será la que ayer... — Piensa, hija mia,
Que harto dudaste ya.
— ¡Oh no! Mi corazón jamas me engaña...
Dios mio, ¿quien será?
En esto entrando el descariado esposo
La frase interrumpió,
Y ella, porque llorando no la viese
Corriendo se marchó.
— ¿Qué sucede? pregunta temeroso
Y en tono singular.
Y la amiga riendo le responde:
— Que busca sin hallar.
Sospecha al fin... descolorido exclama:
Y ella responde: — Si.
De todas tiene celos... Piensa en todas...
¡Y nunca piensa en mí!

LVI.

Ayer cuando á mi lado un mundo hallabas
De amor y de ventura,
Al cabo de seis horas exclamabas
¡Cuán poco el tiempo dura!
Y al ver que de partir tenía prisa,
Amante y lastimera
Decias con dulcísima sonrisa:
¡Aun es temprano! ¡Espera!
Hoy ménos breve el tiempo te parece,
Más largas las sesiones,
Que es triste ver, cuando el amor declina
Cambiar las estaciones.
Las horas cuentas del reló vecino;
Da seis y oyes tú siete,
Y dices enseñándome el camino:
¡Es ya muy tarde, véte!
¡Oh corazon, que aumentas y que acortas
Las horas ayer dulces, hoy amargas!
¡Cuando el amor empieza son muy cortas,
Cuando el amor acaba, son muy largas!

LVII.

Á UNA COQUETA.

Oye: te voy á contar
Un íntimo sentimiento,

Y si aplicas bien el cuento
Mi pena podrás calmar.

Viajando una vez á bordo
De un vapor con rumbo á Oriente
Me enamoré ciegamente,
Y á toda prudencia sordo,
De una viajera alemana
A quien por desdicha mia
Siempre á mi lado tenía
Por tarde, noche y mañana.
Y aunque ella no me fué esquivá,
Ni era ingrata á mis carocas
(Que era, como he visto pocas,
De risueña y expresiva);
Fué nuestro amor humo vano,
Y fué inútil nuestro afán,
Que ella hablaba en alemán
Y yo hablaba en castellano.
Sourisas que se cruzaban,
Miradas que se perdían,
Flores que iban y venían
Y canciones que volaban;
Nada podia igualar
Por expresivo y sincero
Al idéntico «te quiero»
Que queríamos cambiar.
Muy fácil nos fué el olvido,
Pues ni una frase cruzamos,
Y al cabo nos separamos
Sin habernos entendido.
¡Ay! Pero aquel fué pesar
Que al fin tenía su encanto,
Y no lo sentí yo tanto
Como el que tú me has de dar.
Porque á ti, que en dulce frase

De tu idioma, que es el mio,
Te pinto el amor que ansío
Que el duro pecho traspase ;
A tí, que con tal verdad
Te hablo y finges comprenderme,
Cuando crees responderme
Con igual sinceridad...
A tí jamás te se alcanza
La diferencia que existe
Entre mi cariño triste
Y tu risueña esperanza.
Tú amas para no olvidar
Tus hábitos de mujer,
Y yo porque hay en mí sér
La necesidad de amar.
Tú con frívola pasión
Haces á mi amor agravios,
Y es que tú amas con los labios
Y yo con el corazón.
Esta sí que es pesadumbre
Y mal que temo no ataje,
Ni la igualdad del lenguaje,
Ni el tiempo, ni la costumbre.
— ¡Busca otra alma que vencer
Y agosta nuevas pasiones,
Que nuestros dos corazones
No se pueden entender !

LVIII.

A CAMPOAMOR.

Esperando al cartero en la ventana
Durante un año, la sensible Inés,
Con lluvias, y con frios y calores,
Constante esclava de sus pasos fué.

Todos los días le traía carta,
Siempre salía á conversar con él,
Y á suplicarle tierna y cariñosa
Que volviese más pronto á la otra vez.

Hubo en la casa boda, y el cartero
Cesó cartas amantes de traer ;
Al año un largo viaje hizo el esposo...
Y solía escribir... de mes á mes.

Un día que el cartero la escalera
Vió á Inés bajar, sin reparar en él,
Le fué á dar una carta, y ella dijo,
Déjala arriba ; la veré al volver.

Murmurando el cartero de la vida,
Iba diciendo con amarga hiel :
¡La mitad de las cartas que se pierden...
Se deben de perder !

LIX.

¿ Cómo te podré pintar
Lo que comienzo á sentir,

Si ni tú lo vas á oír
Ni yo he de poder hablar ?
Aunque la elocuencia sobre
Cuando el alma se extasia,
La palabra es torpe y fria,
Y el humano idioma es pobre.
Porque cuando dos que son
Uno mismo, en sordo afan
Juntos y solos están
Y se miran con pasion,
Al pintar lo que desean
Ojos y almas los desmienten,
Y hay secretos que se sienten
Callando, y se saborean.
Lástima de tiempo y voz
Que turben la dicha mia,
Cuando en dulce compañía
Pasa el tiempo tan veloz.
Déjale pasar corriendo,
Déjale correr volando,
¡Calla, que te estoy mirando!
¡No hables, que te estoy oyendo!

LX.

Há un año oyendo la marcial charanga
Con que atruena la calle el batallon,
Con loca prisa y emocion amante
Corrias al balcon.
De noche al escuchar sobre la acera

La espada de las piedras al herir,
Temblando y presurosa las cortinas
Solias entreabrir.

Hoy cuando alegre la charanga suena
Y retiembla á sus ecos el cristal,
Las maderas entornas temblorosa
Y rompes á llorar.

¡Ay, nifia, los amores del soldado
Refleja en la charanga el batallon,
Suena á lo léjos, llega, brilla, pasa,
Se pierde el eco, y se conserva el són!

LXI.

Á LA CONDESA DE LAS ALMENAS.

Ibamos juntos, en largo viaje
Arrellanados en un vagon,
Hácia la sierra de Andalucía
Roman y yo.

Roman soñando dichas y amores
Con que le brinda su juventud,
Yo de la tarde saboreando
La tibia luz.

Frente á nosotros una viajera,
De azules ojos y blanca tez,
Siempre esquivando nuestras miradas
Constante fué.

Llevaba en brazos sobre la falda,
Durmiendo en ella sueño feliz,

Un niño rubio, como los ángeles
Deben dormir.
Roman clamaba con ánsia loca
Contra tan rara, terca esquivéz ;
Mis ojos sólo mirar sabían
Al niño aquel.
Ella escuchaba mal de su grado
Nuestra indiscreta conversacion,
Contraste extraño de diferentes
Ansias de amor.
—Mira qué hermosa—dijo mi amigo,
Mira qué manos, mira qué pié.
Yo contestaba : — Mira ese niño
¡Qué hermoso es!
Roman seguía : — Vértigo siento ;
Si no me mira pienso morir ;
Y yo exclamaba : — ¡Si yo tuviera
Niños así!...
El.—Diera el alma por serle grato,
—Si me mirase sólo una vez...
Y yo : — Si el niño me diera un beso
¡Qué más placer!
— ¡Nos ha mirado! dice él ansioso,
Observa y calla... Ya soy feliz!
— ¡Yo sólo veo que el niño rubio
Me mira á mí!
— Sus claros ojos brindan serenos
Firmes pasiones, dulce bondad.
— No ; los del niño son más azules.
¡Qué hermosa paz!
— La madre tiene blancas las manos,
Rubio el cabello, dulce la voz,
— El niño tiene las manecitas
Rogando á Dios.
En esto el coche paró de pronto,

Sonó el temido timbre fatal,
Y la viajera se disponía
Para marchar.
Roman al paso le hizo un saludo,
Sin que lograra contestacion ;
Yo al niño entónces besé, y la madre
Me sonrió.
Santa sonrisa que vió mi amigo
Con inquietud.
¡ Ah, torpe y ciego! le dije al pobre
¡Qué sabes tú!
Partir la vimos por un sendero
Por donde el niño soltó á correr.
Yo dije entónces : ¡ángel, te adoro!
Roman gritaba . ¡Salve, mujer!
Juntos caímos mal humorados
En los rincones de aquel wagon,
Y al par ahogamos distintos gritos
En lo profundo del corazón.
Soñando fuimos la noche entera,
Soñando fuimos hasta Madrid :
El.— ¡Si me amara! — Yo : ¡quién tuviera
Niños así!

LXII.

ANTE LA INCLUSA.

El leon con ser leon
Adora su propia sangre ;
Y el chacal con ser chacal

No vive sin sus chacales.
Defiende el tigre á sus hijos,
La pantera es tierna madre,
Los buitres de las montañas
Amorosos nidos hacen ;
Y los hombres con ser hombres
Han hecho una casa grande,
Para almacenar los niños
Arrojados á la calle!

LXIII.

Á SELGAS.

Una niña de un mes, y una señora
Que ochenta Abriles vió lucir floridos,
Se murieron ayer en una hora
De ataques cerebrales parecidos.

Morir las vi; y el alma no alcanzaba
Cuál de las dos mejor se despedía ;
Pero la anciana, al espirar, lloraba,
Y la niña, al morir, se sonreía.

LXIV.

Dijo á la esposa un amigo
Leal ; tu esposo te engaña ;

Y ella le dijo, ¿ hay tal maña ?
¡ No te diviertes conmigo!
Un mentiroso enemigo
En anónimo papel
Le dijo : tu esposo infiel
Te engaña ; y ella creyó,
Y al esposo aborreció
Y no vivió más con él.

Esto da por norma cierta
Que está más acreditada
La falsedad embozada
Que la verdad descubierta.
Viva el corazon alerta
Y aprenda á oír la pasión ;
Que en el mundo al corazon
Hieren, si bien se repara,
Las verdades cara á cara,
Las calumnias á traicion.

LXV.

LA VÍRGEN DEL PILAR.

(*A mi hijo Angel.*)

Hay á orillas del Ebro, gloria de España,
Un *pilar* tosco y rudo, ¡ santa bandera!
El río con sus ondas el pilar baña
Y le adoran los pueblos de la ribera.
Derrama en torno
Rayos divinos ;

En él descansan
Los peregrinos,
Y alientan los que llevan, puestos de hinojos,
Dolores en el alma, llanto en los ojos.
En él aposentada de noche y día
Está la inmaculada Virgen María;
A verla van los reyes y los pastores,
Por ella tienen cantos los ruiseñores;
Frutos el valle,
Luz el ambiente,
Flores el campo
Y agua la fuente;
Y por ella, los hijos de aquella tierra
Fueron siempre dichosos en paz y en guerra.
Lucian de mi vida las alboradas,
Y eran dulces los sueños en que dormía;
Mi sueño acariciando con sus miradas,
Me arrullaba en sus brazos la madre mía,
Y murmurando
Tiernas canciones,
Me fué enseñando
Sus devociones;
«La Virgen de los niños es protectora,
Cuando los niños mueren, suspira y llora.»
Al templo me llevaron de la ribera,
Y ante el pilar bendito con embeleso,
Á rezar me enseñaron con fe sincera
Y adorar en la imágen, dándole un beso.
Por cada beso
Que allí posaba,
Ciento en mis labios
Mi madre daba.
¡Cuida, señora, el ángel de mis amores,
Haz que sea su vida senda de flores!
Pasaron muchos días que hicieron años

Y sufrí de la vida las amarguras;
Anublaron mi frente los desengaños,
Trocáronse las dichas en desventuras.
Y ansiando días
De bienandanza,
La Virgen pura
Fué mi esperanza.
«Virgen, en cuyos ojos el cielo miro,
Mirame, que de hinojos lloro y suspiro.»
Siempre de la plegaria brotó consuelo,
Y un ángel en la tierra mi afán calmando,
Mensajero dichoso del bien del cielo,
Mis amargos pesares fué consolando.
Y tras los hondos
Fieros dolores
Siempre lucieron
Días mejores.
¡Virgen, á cuyo amparo mi mente crea,
Mil veces alabado tu nombre sea!

1867.

LXVI (1).

(FANTASÍA CARNAVALESCA.)

Viento.

¡Oh campo yermo y pálida llanura
De cierzos invernales azotada!

(1) Fué escrita esta composición para el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* de 1878, y ahora se reproduce aquí corregida.